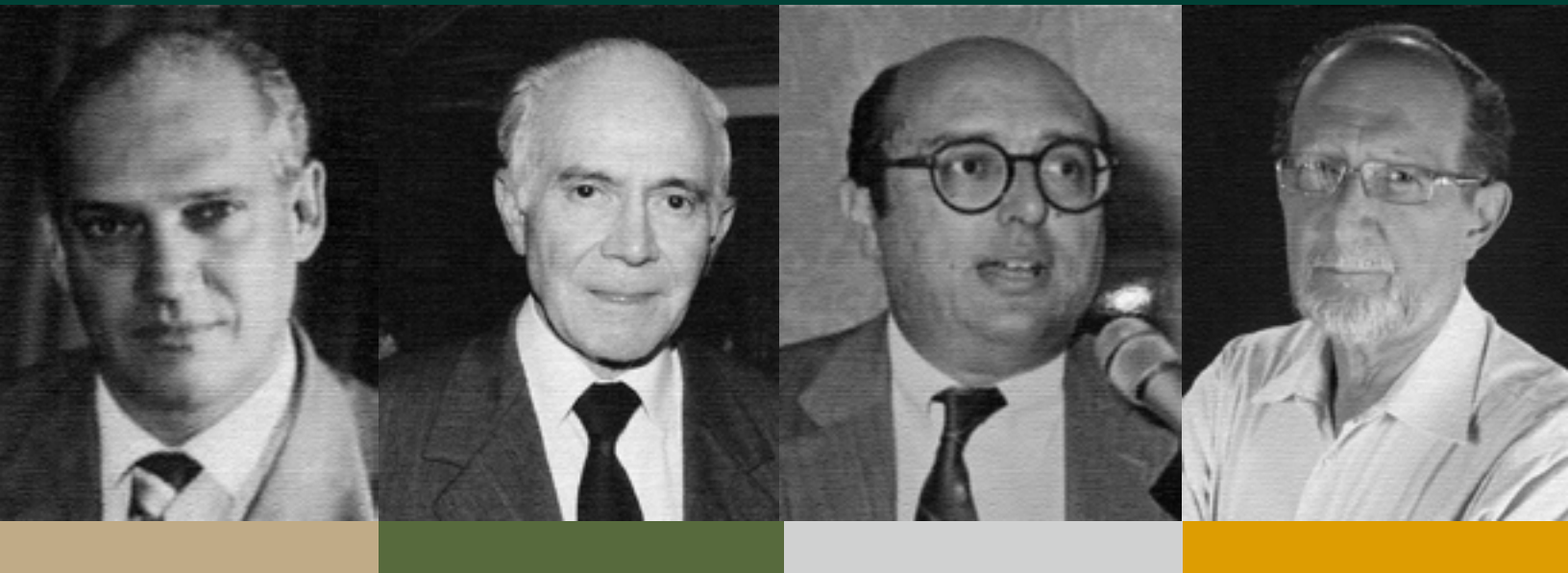


CUADERNO DE REFLEXIÓN N^{RO} 9



Liberales Venezolanos Contemporáneos



David Ruiz Chataing

Sobre el autor

David Ruiz Chataing

Nació en Caracas, Venezuela, el 21 de agosto de 1958. Licenciado, Magister Scientiarum y Doctor en el área de Historia por la Universidad Central de Venezuela. Profesor Titular, Jubilado, del Instituto Pedagógico de Caracas, Universidad Pedagógica Libertador (1996-2016). Docente de Postgrado de la Universidad Católica Andrés Bello, Universidad de Los Andes. Profesor-Investigador del Departamento de Humanidades de la Universidad Metropolitana. Entre sus publicaciones resaltan: Ideas de la Federación en Venezuela (1995), Investigaciones de Historia Política (1999), La controversia federalismo-centralismo en la prensa venezolana del siglo XIX: 1864-1899 (2001), Biografías de Ignacio Andrade (2005), Francisco Linares Alcántara (2008) y Miguel José Sanz (2011) para la Biblioteca Biográfica Venezolana de El Nacional y la Fundación Banco del Caribe, Historia Intelectual de Venezuela (2011), Historia de la Ideas en Venezuela (2017), De la Independencia a la construcción de la democracia representativa (2018) y Escritores Políticos Venezolanos (2020).

Escrito en Caracas, Abril 2023

Índice

Presentación

04

Emeterio Gómez

05

Enrique Sánchez Sánchez

13

Nicomedes Zuloaga Mosquera

22

Carlos Ball

22

Presentación

Es para el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, A.C. CEDICE Libertad, institución que desde 1984, divulga, promueve, forma y educa en los principios que fundamentan el liberalismo como estilo de vida donde la libertad individual, el libre mercado, el estado de derecho, el respeto y garantía al derecho a la propiedad, la libre empresa, se constituyen como base para el desarrollo del individuo y la prosperidad de la sociedad, poner en manos de los que aprecian estos principios los artículos del profesor David Ruiz Chataing, publicados y divulgados inicialmente en el portal PRODAVINCI (<https://prodavinci.com/>) y que gracias a su cortesía, podemos dejarles esta publicación dentro de la colección Cuadernos de Reflexión CEDICE, y que hemos denominado Liberales Venezolanos Contemporáneos.

Aquí el prof. Ruiz Chataing destaca la vida de 4 personas vinculadas a nuestra institución 3 fundadores insignes: Enrique Sanchez, Carlos Ball, Nicomedes Zuoloaga y Emeterio Gómez, que se vinculó a CEDICE apenas supo de su existencia. Todos paladines en la defensa de las ideas de Libertad dejando un gran legado que seguiremos difundiendo, celebraremos siempre sus vidas, seguiremos promoviendo sus obras y vida para que sean conocidas por las nuevas generaciones y que su ejemplo como luchadores por un país de ciudadanos libres y responsables, perdure para siempre.

Agradecemos al profesor David Ruiz Chataing, este aporte y sabemos que continuara en esta tarea de investigar sobre estos venezolanos de bien, liberales a carta cabal.

Carlos H. Blohm

Presidente



Emeterio Gómez

y la “siembra del petróleo”

Emeterio Gómez nació en La Vecindad, estado Nueva Esparta, el 12 de marzo de 1942. Egresó como economista de la Universidad Central de Venezuela en 1965. Luego pasó a ser profesor de esa casa de estudios e impartió, entre otras materias, “Economía política”, en la cual alcanzó a ser profesor Titular. También llegaría a ser director del doctorado en Ciencias Sociales de la reconocida Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES) de la misma institución. Hizo, además, un doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de París y posgrados en filosofía en la Universidad Simón Bolívar. Gómez fue asimismo asesor de la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE) y miembro destacado del comité académico de CEDICE.

Entre hacer dinero o dedicarse a la investigación, la escritura y la docencia optó por estos tres últimos oficios. Sus primeros libros de inspiración marxista se vieron relegados al olvido en su obra posterior de profundo cuestionamiento de ese pensamiento. Se asumió liberal y neoliberal. Adoptó la doctrina de Adam Smith con un gran sentido crítico. En sus años finales sus preocupaciones avanzaron hacia problemas de ética y religiosidad. Conferencista consumado; muy activo en los medios de comunicación social, en especial en la prensa escrita y la radio. Iconoclasta, irreverente, cuestionador: Emeterio Gómez muere en España el 20 de abril de 2020 a los setenta y ocho años, afectado por el coronavirus.

Gómez estudió el pensamiento económico venezolano de los años sesenta. Por un lado, Arturo Uslar Pietri insistía en la “siembra del petróleo”: los dineros provenientes de la renta petrolera debían invertirse en agricultura e industria. Por su parte, Rómulo Betancourt hacía énfasis en la distribución de esa riqueza, en especial en el trienio, para elevar el nivel de vida del pueblo. En la práctica, después de la caída de Pérez Jiménez se dio una suerte de síntesis de ambas visiones.

Al tomar el poder Betancourt llevó a la práctica sus ideas sobre la economía y la sociedad, de modo que sus concepciones prevalecieron durante décadas: ante la debilidad de la burguesía venezolana el Estado ocupó el papel de representar a la nación; así coadyuva a la creación de una clase empresarial. Betancourt es estatista, antiliberal, simpatiza con los sectores industriales y menosprecia el comercial y el financiero. Betancourt es partidario de la regulación de precios, del estatismo y de firme convicción en el carácter rentable de las empresas del Estado. Sus ideas se agotaron a finales de los años sesenta, pero han ejercido tal influencia al punto de repercutir en una política tercermundista, antiestadounidense, anticapitalista y antilucro. Todo esto unido a una cultura hispánica y católica antimoderna, a un pensamiento absoluto que se resiste a los cambios y a un radicalismo de izquierda que nos mantienen anclados en el pasado (Emeterio Gómez, «Algunos trazos del pensamiento económico de Rómulo Betancourt» en

La economía de mercado. Selección de escritos y ensayos 1985-1991, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1992, pp. 53-76).

En los años sesenta la cultura marxista, cepalina, estatista orientó una política denominada «Industrialización por Sustitución de Importaciones (I.S.I)». Esta política suponía que podíamos abrir fábricas sobre cualquier bien que se nos antojara producir. Estas industrias funcionaron bajo una rigurosa protección estatal que impedía la competencia. Se trataba de industrias ineficientes que producían a alto costo y perjudicaban a los consumidores solo para amparar a una minoría de productores incapaces.

Otra errónea política fue considerar que servicios públicos gratuitos o a bajo costo mejoraban la distribución del ingreso. Los usuarios de dichos servicios aumentaban –incluyendo la migración campo-ciudad interna y la de la marginalidad latinoamericana– culminando con una creciente y permanente pobreza, lo cual deterioró los susodichos servicios por no cubrirse sus costos y por sobresaturación.

Las políticas populistas sobraron en la democracia. Durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez, por ejemplo, se intentó combatir el desempleo generando puestos de trabajo improductivos que se convirtieron en una enorme carga para el Estado. En esa misma gestión de CAP se violentaron todos los equilibrios macroeconómicos: balanza de pagos, presupuesto fiscal y política monetaria. El keynesianismo tropical de CAP condujo a que en 1977 las importaciones alcanzaran 40 % del PIB y a un sistema de prestaciones dobles que era mal visto por los inversionistas. Además de los ya mencionados empleos improductivos (estas señales anunciaban que íbamos camino al desastre).

Por su parte, el gobierno de Luis Herrera Campins careció por completo de una política económica para enfrentar la crisis. Se acudió al disparate de estimular la salida del país de inversiones para controlar la inflación. Persistió en los gobiernos adecos y copeyanos de estos años la idea socialista de resolver la crisis au-

mentando el gasto público y los subsidios. En vez de buscar los equilibrios en la economía se supeditaban estos al crecimiento económico y en metas utópicas a largo plazo. El llamado “Viernes negro” no se originó en el agotamiento de ningún modelo de desarrollo. La causa de ese desastre fue el mal manejo de la política económica los diez años previos y el pésimo abordaje de la coyuntura. Se dispararon las importaciones, se multiplicó el endeudamiento masivo a corto plazo para la realización de obras que se debieron realizar en quince o veinte años y se triplicó el empleo improductivo en cinco años. Al caer los precios petroleros en 1982 Herrera Campins, en lugar de propiciar políticas de austeridad, aumentó el gasto con fines estrictamente electorales. La socialdemocracia y el socialcristianismo venezolanos sufren de «el desconocimiento de la dimensión económica de lo humano» (Emeterio Gómez, *La economía venezolana y la cultura de izquierda*, Caracas, CEDICE, 1986, p. 36).

Con motivo de la crisis del «Viernes negro» del 18 de febrero de 1983 se iniciaron discusiones e intentos de poner en práctica políticas que tomaran en cuenta la rentabilidad de las empresas y la competencia en los mercados externos. En los primeros años del gobierno de Jaime Lusinchi se intentaron restablecer los equilibrios económicos abandonados por el impacto político de las reformas. Se persiste, entonces, en generar crecimiento económico con el gasto público. Lusinchi también se mantuvo reticente a restablecer las garantías económicas (Emeterio Gómez, *El empresariado venezolano. A mitad de camino entre Keynes y Hayek*, Caracas, Fundación Latino, 1989).

Finalmente, el intento más serio de abandonar las políticas económicas estatistas, asistencialistas, populistas y distribucionistas que se ha intentado en la democracia representativa fue el conocido “Paquete económico” del segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez. Para 1991:

Los resultados cuantitativos de estos dos años de ejecución del Programa (...) podrían resultar realmente impresionantes. La reducción de la inflación de 81 a

36 %, el pasar la balanza de pagos de un déficit de 4.600 millones de dólares en 1988 a un superávit de 3.700 millones en 1991 y la conversión del fuerte déficit fiscal de 1988 (9,3 % del P.I.B) en superávit en 1990 (0,8 del PIB) no son, de ninguna manera, logros desdeñables. (Emeterio Gómez, Dilemas de una economía petrolera, Caracas, Editorial CEDICE / Editorial Panapo, 1991, p. 21)

Carlos Andrés Pérez declaró que lo más difícil de los ajustes ya se había realizado. Que en dos o tres años se completarían los cambios estructurales. Emeterio Gómez no era tan optimista, pues consideraba que un cambio a una economía de mercado pudiera llevarse mucho tiempo en Venezuela. Además, el gasto público, contradictoriamente, se halla desbordado y ni una política monetaria fuerte y restrictiva podría contrarrestarlo. Por otra parte, el mercado laboral mostraba poca flexibilidad para poder competir en los mercados externos. El proceso de privatización y de reestructuración de las empresas del Estado apenas se había iniciado. La reforma tributaria y la del aparato judicial revelaban enorme retardo.

El problema fundamental del programa económico de 1989 es que en realidad había dos programas. Uno explícito y otro implícito. El explícito sostenía la necesidad de diversificar la economía, estimular las exportaciones no tradicionales, establecer la primacía del capital privado y la ruptura de la dependencia del petróleo. Asimismo, disminuir el gasto público y el tamaño del Estado.

El programa implícito consistía en una inversión masiva para reforzar el carácter petrolero de la economía. A esto se unían megaproyectos destinados a explotar nuestras ventajas comparativas en petroquímica, energía, aluminio y, en general, productos primarios, entre ellos la agricultura tropical y el sector servicios (turismo). El predominio de este segundo programa incide en la revaluación de nuestro signo monetario por los enormes recursos financieros que ingresaban al país y en que no tengan sentido las periódicas devaluaciones para mantener subvaluado el bolívar y hacer competitivas nuestras exportaciones no tradicionales.

Uno de los peligros del programa implícito era el fortalecimiento del capitalismo

de Estado y el debilitamiento de la sociedad civil. La indefinición de llevar adelante dos programas contradictorios, el explícito y el implícito, condujo al fracaso las reformas. Lo anterior, más los alzamientos sociales, los cuartelazos, el poco apoyo que tuvo aquel programa económico y el enjuiciamiento y destitución del presidente Carlos Andrés Pérez lo paralizaron por completo.

A estas alturas Emeterio Gómez, luego de un ardua reflexión que lo llevó del marxismo al liberalismo siendo muy crítico con ambos horizontes ideológicos, señala que el petróleo no es ninguna maldición. Que nos ayudó a convertirnos en un país moderno. Que la industria petrolera es una rama de la economía capitalista de las que genera más ganancias en el mundo. Gómez defiende nuestra condición de país petrolero. Venezuela debe aprovechar –dice– sus ventajas comparativas en la industria petrolera y diversificarla; en el campo de la petroquímica, minería, turismo y agricultura tropical. No debemos seguir malgastando recursos en ramas de la economía donde somos poco competitivos, elaborando bienes costosos y de baja calidad. Hay que reestructurar –afirma– el área no petrolera poco competitiva y de mínima productividad. Importar lo que no podemos producir con ventajas. Hay que privatizar todas las empresas públicas quebradas. Democratizar PDVSA y la CVG distribuyendo entre los venezolanos las acciones de esas compañías. Y colocar bonos en las bolsas de valores internacionales y del país. Hay que hacer un gran esfuerzo educativo para que este proceso sea proclive a la propiedad privada y a la rentabilidad. Se completaría así –señala Gómez– una auténtica revolución cultural y ética. Hay que avanzar en la reforma del poder judicial, en el cambio de las leyes para fortalecer los derechos civiles, políticos y económicos. El marco legal a partir de los años sesenta crea un cerco en contra de la eficacia y la competitividad económica (Emeterio Gómez, «La Constitución de 1961 y la creación de una economía competitiva en Venezuela» en *Hacia una nueva Constitución*, Caracas, CEDICE, 1992, pp. 9-23).

Profundizar la democratización de la sociedad y del Estado, reformar la legislación laboral para hacer competitiva nuestra economía, capacitar a la población

para volverla productiva y hacer descansar la justicia social en la justicia conmutativa. Todos debemos producir e intercambiar lo generado. No se recibe nada sin dar nada. Todos trabajamos por el bienestar de todos. Abandonar el distribucionismo y el paternalismo estatal. Así se fortalecen las libertades individuales, la propiedad privada y la sociedad civil (Emeterio Gómez, Una propuesta económica social alternativa, Caracas, CEDICE, 1994).

Se cierra un ciclo histórico sustentado en las ideas económicas de Arturo Uslar Pietri y Rómulo Betancourt y en el colapso de la democracia representativa. Todo este panorama reformista se derrumba cuando irrumpe lo que Emeterio Gómez llama «la barbarie». A partir de 1999 enfrentó duramente los anacronismos de izquierda. Vaticinó que la inflación, el gasto público excesivo, el dinero inorgánico, las expropiaciones, las nacionalizaciones de empresas privatizadas destruirían a Venezuela. Así andamos, tal como lo analizó en varios de sus trabajos.



**Enrique Sánchez
Sánchez**

Enrique Sánchez fue un empresario, comerciante, gremialista, Abogado. Nació el 14 de septiembre de 1922. Murió el 25 de junio de 2012. Abogado egresado de la Universidad Central de Venezuela en 1948. Se especializó, posteriormente, en economía empresarial. Entre sus escritos más importantes. La libre empresa en Venezuela (1962), Las fuerzas económicas y sociales que influyen en el clima de la administración (1963), ¿Por qué la productividad beneficia a los trabajadores? (1964), Acción Gremial (1980), Ética empresarial (1984), Joven Empresario Es... (1991) y Economía Empresarial en una Lección (2006).

Los cien años de Enrique Sánchez

Cien años en la vida de una institución o de una persona es buena oportunidad para reflexionar sobre el aporte realizado, sobre las labores cumplidas. Cien años resulta una fecha redonda que hay que conmemorar revisando las tareas adelantadas. En el caso de Enrique Sánchez empresario, comerciante, gremialista, autor de una significativa bibliografía se trataría de reflexionar sobre su enorme aporte a favor de una Venezuela próspera y libre. Gustavo Roosen lo llama «maestro de empresarios» y es verdad que dedicó su periplo vital a divulgar los valores del trabajo y el emprendimiento. Enrique Sánchez nació el 14 de septiembre de 1922 y murió el 25 de junio de 2012. Abogado graduado en la Universidad Central de Venezuela (1948), de algunos de sus libros tomamos datos sobre su destacada actuación pública: presidente de la Asociación Venezolana de Ejecutivos, director del Instituto Venezolano de Análisis Económico y del Instituto Nacional de Capacitación Educativa (INCE), director de la Sociedad Civil Dividendo Voluntario para la Comunidad, cofundador del Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), presidente del Consejo de Economía Nacional, cofundador de CEDICE, entre otras ocupaciones.

Como abogado se aproximó a las actividades económicas desde la perspectiva de las relaciones industriales.

Contra el estatismo

Sánchez escribió con una sinceridad que fue casi temeridad porque no temía a las represalias de quienes dirigían la maquinaria estatal. Hay que reconocer que en la naciente democracia representativa existió amplia libertad de expresión, tolerancia y pluralismo para el debate de las ideas. En 1962 Sánchez denuncia la notoria existencia en el país de un capitalismo de Estado. En Venezuela el Estado es poderoso, posee enormes ingresos y participa hegemónicamente en la actividad económica. A mediados de los años 30 del siglo XX, para enfrentar la crisis económica internacional, las naciones devaluaron sus monedas. Venezuela fue el único país que no lo hizo. Esto incidió en que desarrolláramos una propensión a importar con una moneda sobrevaluada. El gobierno se vio obligado a subsidiar la agricultura de exportación y a proteger las nacientes industrias. A partir de la muerte del general Juan Vicente Gómez, a finales de 1935, estas políticas intervencionistas se incrementaron. En Venezuela prevalecen estructuras centralistas y autoritarias derivadas de nuestra historia y de la formación de nuestros partidos políticos, en los cuales prevalecen concepciones leninistas.

Sánchez señala que el proteccionismo impide el sano crecimiento de las empresas. Estas producen bienes costosos y de mala calidad porque no se encuentran presionadas por la sana competencia. El excesivo intervencionismo y control de Estado conducen también a la pérdida de la libertad. Durante el gobierno constitucional de Rómulo Betancourt (1959-1964), en el cual se intensificó la intervención estatal, se produjo una inestabilidad monetaria, se redujeron los bienes de inversión en 60% y la importación de materias primas en 25%, aumentaron las importaciones de bienes de consumo en 7%, cayó el producto nacional neto y el ingreso per cápita, aumentó el desempleo. Lo que demuestra lo erradas de las políticas económicas aplicadas. Los altos impuestos, las expropiaciones, las restricciones a la propiedad privada, los aumentos salariales compulsivos sin

consultar con las empresas, los subsidios al consumo, el proteccionismo industrial, los controles de precios, desalientan a los productores. Durante la administración Betancourt la regulación exagerada de precios de los apartamentos casi paralizó a la industria de la construcción. La política petrolera de no más concesiones alejó las inversiones de esa actividad económica y la hizo menos competitiva.

La industrialización por sustitución de importaciones patrocinada por el Estado durante los primeros gobiernos democráticos generó menos crecimiento económico que la industrialización libre del período 1952-1957. Por el contrario, cuando el mismo Betancourt niveló el presupuesto, se liberalizó el presupuesto de gastos, se dejaron de crear nuevos impuestos, se mantuvo la paz laboral y la ciudadanía perdió el temor de nuevos controles y se alejó la amenaza comunista, la economía retomó el camino del crecimiento.

El Estado debe actuar con austeridad y bajos impuestos. Que los recursos los utilice la sociedad para invertir, ahorrar y consumir. La producción de riqueza no es solo responsabilidad del Estado. El individuo, la familia, las empresas, los gremios, todos deben coadyuvar en una mística del trabajo y de la producción. No debemos esperar todo del gobierno. Los ciudadanos, la sociedad civil, tienen que activarse para adelantar soluciones a los problemas. Solo con el trabajo y el esfuerzo de todos superaremos los problemas que padece el país. Para 1991, denuncia Sánchez, el Estado venezolano había consumido más de doscientos mil millones de dólares las últimas tres décadas.

Las políticas monetarias son las que generan la temida inflación. Esta deriva de la emisión de dinero inorgánico, es decir, que se produce circulante que no se corresponde con los bienes producidos. Hay que reducir el gasto fiscal y que este concuerde con los ingresos. Mayor eficiencia en el uso de los recursos. Simplificar y limitar jurídicamente la tributación. Hay que privatizar las empresas públi-

cas ineficientes. No debemos endeudarnos para cubrir gastos corrientes. Hay que prohibir el endeudamiento de entes locales. El autor no fue un antiestatista per se; así, escribió:

El Estado es un compromiso social que la humanidad ha encontrado en busca de la armonía entre sus componentes para satisfacer las necesidades sociales de orden colectivo, para protegerla de los abusos que algunas de sus partes pueden cometer contra otra. Entre ese conjunto de atributos está la administración de justicia, la defensa nacional, la seguridad personal, la prestación de servicios públicos, la instrucción, la salud y las reivindicaciones de los desposeídos. (Enrique Sánchez, *Joven empresario es...*, Caracas, CEDICE, 1991).

Es decir, que si bien defiende la economía de mercado y las libertades individuales cree en una acción vigorosa del Estado. En sentido contrario de lo que se cree comúnmente, el enfoque liberal de la economía y de la sociedad exige un Estado fuerte en el cumplimiento de las leyes y en el respeto de las instituciones.

A favor de la libertad de mercado

Sánchez apela a la historia de la humanidad para afirmar que la mayor prosperidad y la mayor libertad se han alcanzado dentro del respeto a la propiedad privada y la economía de mercado. Sánchez es partidario de economías abiertas, exportadoras. La globalización es un fenómeno irreversible. Por eso rechaza el excesivo proteccionismo estatal. Hay que vender productos a los países ricos. Atraer a los turistas de estas naciones que poseen monedas duras. Con una alta productividad y una economía exportadora se pueden subir los salarios y mejorar la calidad de vida de los trabajadores. Las economías exitosas del mundo China, la India, Taiwán, Singapur, Brasil, México, entre otras son abiertas, competitivas y exportadoras.

Papel de los empresarios

Un empresario es quien administra los recursos productivos para satisfacer las necesidades de la comunidad. Las empresas deben producir bienes de calidad en las cantidades suficientes. La característica más sobresaliente de un emprendedor es «convertir un bien de menor valor en otro de valor superior» (Enrique Sánchez, *Ética empresarial*, Caracas, Cámara de Comercio de Caracas, 1984). El empresario se enfrenta a la incertidumbre del mercado: no sabe si el bien producido tendrá el interés del consumidor, si lo pudo producir con costos lo suficientemente bajos como para obtener beneficio. Eso justifica la ganancia. Esta es necesaria para incentivar al productor. Sin incentivo no hay producción. Y sin producción de bienes y servicios la sociedad se estanca. Hay que devolverle la responsabilidad de crear riqueza a quienes corresponde, a los empresarios. Para contrarrestar la excesiva reglamentación, los empresarios deben aumentar la inversión per cápita. Trabajar más, trabajar duro. Los empresarios deben demostrar que con libertad de empresa, el respeto a la propiedad y Gobierno con poderes limitados es en el que se puede alcanzar la dignidad humana y la prosperidad.

Los empresarios tienen que invertir y capacitar a los trabajadores. Contra el predominio de una mentalidad distributivista, que critica el también empresario Pedro Tinoco, urge aumentar la producción. No se puede distribuir riqueza si no se produce. La productividad se incrementa con alta preparación de los operarios, buena remuneración de los trabajadores, inversión en tecnología, trabajo duro y mayor inversión per cápita. Un mejor salario deriva de una alta productividad, en eso no debemos engañarnos. Aumento de las remuneraciones que no se corresponden con la producción real genera inflación.

Por supuesto, las políticas económicas generadas por el Estado deben coadyuvar a ese esfuerzo de producir riqueza: aranceles adecuados, tasas aduanales

que protejan temporalmente a las industrias incipientes. Permitir la libre competencia como mecanismo regulador de los precios y la oferta y la demanda; instituciones crediticias que otorguen créditos y el control de calidad de los recursos para proteger al consumidor. La economía nacional debe ir por el camino de la desregulación. A los empresarios corruptos o inescrupulosos hay que excluirlos del grupo de los auténticos y honestos productores.

Defensa de la democracia

Sánchez defiende la libertad individual y la dignidad humana. Sin libertad no hay progreso. Sánchez recuerda que el concepto de libertad es herencia del cristianismo y que involucra la misma libertad y la responsabilidad. También, que la creación de riqueza requiere de un marco ético e institucional

... que nos asegure que podemos disponer libremente del fruto del trabajo mediante la propiedad privada; que tengamos libertad para escoger o rechazar salario, ocupación, patrono o lugar donde vivir; oportunidad para escoger libremente un gobierno democrático y en fin, un orden jurídico estable que permita el afianzamiento de la libertad integral y el respeto a la dignidad humana. La productividad no es el fin, sino un medio para obtenerlas . (Enrique Sánchez, ¿Por qué la productividad beneficia a los trabajadores?, Caracas, Asociación Nacional de Empleados, 1964).

Esos mismos valores cristianos que reivindican la libertad y la responsabilidad nos obligan a ser solidarios con los que sufren. Sánchez insiste: ese contexto favorable para producir consiste en que prevalezca un Estado de derecho y se respeten las instituciones. El empresario está convencido de que hay que formar en los valores de la libertad. Hay que tener buenos políticos. Si los tenemos, el país marcha bien. Se requieren estadistas con visión de largo plazo. Hay que mejo-

rar las instituciones. Con el voto uninominal escogerán a sus representantes los ciudadanos y no los partidos. Hay que luchar contra la corrupción: con la disminución del tamaño del Estado y de la burocracia se puede amainar este flagelo. También hay que mejorar la calidad de la educación para ser mejores ciudadanos y, sobre todo, emprendedores.

Así como defiende el régimen democrático, Sánchez repudia el totalitarismo. Políticamente los países socialistas son absolutistas. Económicamente, por no prevalecer en ellos el cálculo económico y la economía de mercado sino decisiones burocráticas, son sociedades donde impera la escasez y la pobreza.

Enrique Sánchez fue una persona exitosa y de palabra útil y perdurable. Su natalicio debería servir para reflexionar sobre algunas de sus ideas, tanto más en el contexto actual.



Nicomedes Zuloaga Mosquera y Carlos Ball

Nicomedes Zuloaga Mosquera Nació en Caracas, el 1 de marzo de 1926. Murió en esta misma ciudad en julio de 2006. Abogado, se especializó, de manera autodidacta, en los problemas económicos y sociales de Venezuela. Fundador, junto con Joaquín Sánchez-Covisa, en 1961, de la revista “Orientación Económica” y de CEDICE, en 1984. Fundador, también, del Periódico “La Verdad”. Todas estas iniciativas se realizaron en función de difundir la libertad de mercado y la democracia. Su obra está reunida en el libro *Política en pretérito: 40 años de oposición ideológica* (2001).

Carlos Ball, nació en 1939 y murió en 2014. Periodista, articulista. Director de la Agencia de Prensa AIPE, Académico adjunto del Instituto CATO (USA). Cofundador de CEDICE. Editor y director del Diario de Caracas. Parte de su extensa producción periodística está publicada en *Libertad, democracia y corrupción* (1984).

Los últimos meses del año, noviembre y diciembre, y los primeros del año siguiente, enero y febrero, se caracterizan en Venezuela por ofrecernos un clima muy agradable. “Llegó Pacheco”, decimos, y ese frío nos obliga desempolvar sacos y bufandas. También nos pone pensativos y nostálgicos. Buscando un tema para escribir me pongo a recorrer los libros en mi biblioteca y me tropiezo con textos de Nicomedes Zuloaga Mosquera y Carlos Ball, respectivamente. Completé la pesquisa sobre sus obras en la Biblioteca de la Universidad Católica Andrés Bello, la Pedro Grases de la UNIMET y la Biblioteca Nacional. Los evoco recordando aquella frase de las maestras de escuela de antes: ambos fueron constructores de patria. Hicieron aportes para su familia y para sí mismos, pero a la vez dejaron un legado para su país. Fueron hombres de trabajo, intelectuales, trabajadores de la cultura. Ciudadanos y productores. Emprendedores. Empresarios. En nuestra Venezuela donde los héroes son predominantemente de charreteras y vinculados con el poder se me antojó escribir sobre ellos.

Nicomedes Zuloaga Mosquera viene de una familia de abolengo: empresarios, historiadores, poetas, intelectuales. Estudio Derecho y se dedicó por su cuenta a estudiar los problemas económicos y sociales de la nación. Cofundador, con Joaquín Sánchez Covisa, de la célebre revista “Orientación Económica”, la cual tuvo, por cierto, distribución y fama latinoamericanas. Escribió también en La Verdad, periódico también de enfoque liberal. En los años ochenta del siglo XX contribuye con la fundación de CEDICE, un centro de divulgación del conocimiento económico y de defensa de la economía de mercado. Allí hace filas con Carlos Ball, Carlos Sabino, Carlos Rangel y Emeterio Gómez, entre otros.

En los años sesenta, siempre del siglo XX, Zuloaga enfile sus críticas de empresario de viejo cuño que rechaza a quienes en realidad no son emprendedores sino enriquecidos a la sobra del proteccionismo de Estado, la corrupción y los privilegios. Desde las páginas de La Esfera, El Universal, La Verdad, El Nacional o en conferencias al gremio empresarial denuncia el crecimiento desmesurado de

la burocracia con fines exclusivamente clientelares. Critica el derroche de enormes recursos en empresas públicas deficitarias (Aeropostal, Mersifrica, Sidor, etc.). Apela a la más sana economía: señala que el presupuesto no se equilibra con impuestos y endeudamiento externos; se sana -indica- gastando solo lo que se tiene. Quien gasta más de lo que tiene se arruina. Sea un pulpero o un Estado. Zuloaga expone que entre 1936 y 1959 la economía venezolana mostró un alto crecimiento. Esa robustez se ha deteriorado a partir de la imposición de políticas estatistas. Altos impuestos, control de cambio, han hecho crecer la desconfianza y la desinversión.

Zuloaga Mosquera ahonda en las causas de la crisis económica en el momento de la caída de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez e inicio del gobierno de Rómulo Betancourt. El gasto de enormes sumas de dinero en el llamado “Plan de Emergencia”. La aprobación de una ley de regulación de alquileres que lo que incidió fue en la paralización de la construcción de viviendas para arriendo. El control de cambio, los aumentos permanentes de los impuestos. La política sindical de aumentos coactivos de los salarios sin tomar en cuenta la situación económica. Advierte que el producto interno bruto, el cual había sido de los más altos del mundo, está a inicios de la administración de Rómulo Betancourt por debajo del crecimiento vegetativo de la población. Zuloaga argumenta en contra de la política de industrialización por sustitución de importaciones. La idea de la autarquía, de que debíamos producir de todo para no depender del exterior, es absurda. Tenemos que producir con base en nuestras condiciones y en las ventajas que ofrece el mercado internacional para nuestros bienes. Las industrias de invernadero requieren del exterior hasta la materia prima para operar. Por el contrario, debemos producir lo que podamos colocar en el exterior con ventajas de calidad y costos para obtener divisas duras de bienes distintos al petróleo. Crear una industria artificial que se sostiene por los altos aranceles pero no por sí misma deriva en un alto costo que termina pagando el consumidor venezolano.

Zuloaga combate el pensamiento según el cual los comerciantes y empresarios son explotadores a quienes no les interesa la gente. La riqueza bien habida, obtenida mediante el trabajo, el esfuerzo, la innovación tecnológica debe ser respetada y reconocida.

Décadas después, Zuloaga también analiza el fatídico “Viernes Negro” del 18 de febrero de 1983: la evidencia más palpable del quiebre económico que se vino gestando en décadas anteriores. ¿Cuáles fueron las causas de la debacle? Zuloaga señala que se acabaron los dólares a 4,30 porque la moneda ya estaba devaluada desde tiempo atrás. También, debido a la desconfianza de los inversionistas originada en el estatismo, el despilfarro, la corrupción y los privilegios de los pocos que disfrutaban verdaderamente de la renta petrolera.

En el plano político, Zuloaga era partidario de defenestrar la idea de que la mayoría -escudada en la soberanía- puede hacer lo que le da la gana. En una auténtica democracia se deben preservar los derechos de las minorías. Los derechos, las garantías resultan, justamente, el contrapeso al ejercicio del poder del Ejecutivo o del Legislativo. Democracia no es solo votar cada cinco años. Hay que respetar el estado de derecho. El país funcionó durante un tiempo, por ejemplo, con las libertades económicas suspendidas. Eso impidió que se desataran las fuerzas productivas y la creatividad de los emprendedores. Por aquellos años el poder judicial y los cuerpos de seguridad del Estado estaban completamente partidizados. El poder legislativo hizo leyes que fomentaron la arbitrariedad de los funcionarios.

Zuloaga arremete, asimismo, contra el populismo que ofrece lo que no va a cumplir, que establece aumentos de salarios por decreto. Lo que realmente mejora las condiciones de los trabajadores es una alta productividad derivada de la capacidad tecnológica y del esfuerzo de los trabajadores. La emisión de dinero inorgánico para satisfacer clientelas dispara el costo de la vida y la inflación. Zuloaga exige que se supere el sufragio de analfabetas y que se establezca el voto

uninominal para que la ciudadanía tenga más control sobre sus representantes. Hay que fortalecer el estado de derecho, nombrar jueces mediante el sufragio popular, el poder ejecutivo o los sufragios de los Estados. Que los jueces gocen de estabilidad e independencia. Como en Estados Unidos. Sin seguridad jurídica no hay desarrollo económico ni inversiones. Hay que eliminar de la Constitución -señala- las ofertas demagógicas imposibles de cumplir. Por ello le reconoce a Carlos Andrés Pérez su intento de establecer una economía de mercado en Venezuela. Así como un conjunto de reformas que nos hicieran romper con el estatismo y el populismo.

Por su parte, Carlos Ball -periodista con trayectoria gremial similar a la de Zuloaga- fue comerciante hijo de tenderos, con formación profesional en el país y el exterior. Coadyuvó con la formación de instituciones nacionales y latinoamericanas para divulgar las virtudes de la economía de mercado.

Ball también reclama el restablecimiento de las libertades económicas. Detrás del estatismo está es el control de los hombres. Sin libertad económica se debilita y perece la libertad política. Cuando busca las causas del “Viernes Negro”, hecho del cual también fue testigo y analista, las encuentra en la partidización de todo el país, en el control de cambio y la devaluación. La crisis económica se originó en el derroche de enormes recursos los diez años previos en que el Estado venezolano contrajo una enorme deuda externa pagadera a corto plazo, en el crecimiento inmanejable de la burocracia, en el empeño de mantener empresas públicas deficitarias y en el incremento de permisos que impacta los costos de producción.

Por otra parte, responsabiliza de la crisis hasta a un segmento del empresariado que no defiende la economía de mercado. La excesiva concentración del poder político y económico en pocas manos -indica con énfasis- ha generado corrupción, derroche de recursos y devaluación. En carta dirigida al por aquellos años

recién electo presidente de la república Jaime Lusinchi, fechada el 6 de diciembre de 1983 y publicada en El Diario de Caracas, escribe:

... la prosperidad no se establece por decreto presidencial, (...) la prosperidad es inalcanzable si no existen las condiciones necesarias de libertad individual, de libertad económica, de confianza en los gobernantes, de optimismo, si no hay estabilidad y seguridad de las reglas de juego, si no se trabaja duro, si no se permiten que se produzcan muy buenas ganancias para que éstas a la vez motiven a otros y para que sean reinvertidas en la expansión del capital, en la expansión de las herramientas de trabajo para así aumentar la productividad del trabajador, única fórmula que permitirá el acumulativo incremento de los salarios de los venezolanos. (Carlos A. Ball M. Libertad, democracia y corrupción, Caracas, Ediciones Libertas, 1984, pp. 33-35)

Le expresa al nuevo jefe del poder ejecutivo que el estatismo y el populismo han colapsado y el gobierno está en la obligación de asumir nuevas estrategias económicas que garanticen la prosperidad.

De modo pues que Zuloaga y Ball fueron muy críticos contra las políticas económicas de los gobiernos de la democracia venezolana. Y ambos padecieron la persecución del gobierno de Jaime Lusinchi. Carlos Ball denunció en 1987, en un encuentro internacional, los abusos contra la libertad de expresión del gobierno adeco. El acoso fue tal que tuvo que exiliarse en Estados Unidos. A Nicomedes Zuloaga Mosquera lo persiguieron usando los tribunales y le dictaron auto de detención. Lo liberó el siguiente presidente de la República: Carlos Andrés Pérez.

Vidas en muchos sentidos comunes en su amor por Venezuela, en su lucha por el respeto a todas las libertades y en la represión que sufrieron de gobiernos sumidos en un pensamiento y prácticas políticas anticuadas, anacrónicas.

Sin duda, un par de héroes civiles.



El Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, A.C. CEDICE Libertad, asociación civil sin fines de lucro, privada e independiente, fundada en 1984, por personas comprometidas en la defensa de la libertad individual, la iniciativa privada, los derechos de propiedad, gobierno limitado y búsqueda de la paz.



CediceLibertadVE



@cedice



CediceLibertad



CediceVE



CediceLibertad

Av. Andrés Eloy Blanco (este 2)
Edif. Cámara de Comercio de Caracas
Nivel Auditorio, Los Caobos, Caracas

+58 (212) 571.33.57

cedice@cedice.org.ve

www.cedice.org.ve